



1.- Una vez más vemos cómo los fariseos intentan atrapar al Señor. Se acercan a Jesús con la aparente buena intención de oír su opinión respecto a temas trascendentales, pero en realidad no desean escucharlo sino acabar con Él.

- Para escuchar al Señor, lo primero que necesitamos es rectitud de intención. Poco sacaremos en nuestra oración si no vamos a orar buscándole realmente a Él sino intentando conseguir gracias para satisfacer nuestras propias necesidades. El auténtico amor se preocupa más de dar que de recibir.
- Lo mismo ocurre cuando nos acercamos a los demás. ¡En cuántas ocasiones ya vamos con ideas preconcebidas! O lo único que queremos es que nos ayuden, escuchen..., pero no mostrar realmente nuestro amor y nuestro deseo de ayudar, comprender...

2.- Hasta los mismos fariseos reconocían muy a su pesar una serie de cualidades en Jesús: “Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza...” aunque en este caso tantas alabanzas no procedían de un corazón limpio, sino como resultado de intereses torcidos y egoístas.

- ¡Cuántas veces también nosotros proferimos alabanzas a otras personas pero nuestro corazón no es recto! Somos más bien sepulcros blanqueados, buscamos intereses ocultos. A veces incluso tantas alabanzas a otras personas lo único que pretenden es hacerles daño, reírse de ellas...

3.- Pero el Señor conoce enseguida el corazón torcido de los fariseos y sus ocultas intenciones. Y es que aunque pretendamos atrapar al Señor, eso no es posible. Él escucha nuestras palabras, pero no las que salen de nuestra

Category: Domingos y Festivos

Written by: P. Carlos Prats

Hits: 3253

---

boca sino del interior de nuestro corazón. Toda esta “discusión” entre los fariseos y Jesús acabó con una frase que se ha hecho lapidaria: “Dad al César lo que es del César ya Dios lo que es de Dios”. Estos fariseos no consiguieron atrapar a Cristo; y además recibieron una lección que es también para nosotros. Nunca puede haber oposición entre lo que nos piden las autoridades del mundo y lo que Dios nos pide. Por eso, demos al César lo que le corresponde; pero no olvidemos que en realidad a quien le pertenecemos es a Dios. Por ello, démosle a Dios lo que a Él le pertenece; es decir nuestra mente, nuestro corazón. En una palabra, nuestra vida. No olvidemos lo que nos dijo San Agustín: “Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón anda inquieto hasta que descansa en ti”. Sólo Él no puede dar la felicidad que tanto ansiamos.